

La patria de los textos: pormenores de una guerra cultural

DEGIOVANNI, Fernando (2007).

Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas y canon en la Argentina. Rosario, Beatriz Viterbo.

 Patricio Fontana

En el párrafo que cierra *Los textos de la patria*, Fernando Degiovanni insiste en dos cuestiones de las que el resto de su libro da sobrado testimonio: la voluntad de prescindir de toda “narrativa lineal y uniforme” y, consecuentemente, “recobrar la zigzagueante conflictividad del pasado”. En efecto, en las páginas de este trabajo consagrado a La Cultura Argentina y La Biblioteca Argentina –dos colecciones de libros que se publicaron entre 1915 y mediados de la década de 1920–, proliferan términos como *detonante*, *ataque*, *defensa*, *contraofensiva*, *agresión*, *batalla*, *disputa* y otros que informan no sólo de la conflictividad del proceso cultural que en él se estudia, sino también del intento por parte de su autor de hacer evidente esa conflictividad para su lector. Así, a partir del estudio de un *corpus* preciso y acotado, *Los textos de la patria* desarma toda imagen pacífica y toda narrativa conciliatoria sobre el campo cultural y literario argentino durante el primer cuarto del siglo XX. Por lo demás, esa conflictividad y ese zigzagueo podrán advertirse incluso en las propias trayectorias intelectuales de sus dos protagonistas: Ricardo Rojas y José Ingenieros, directores de cada una de las colecciones estudiadas.

Por ello, uno de los méritos de *Los textos de la patria* es, precisamente, el de no confundir una verdadera conflictividad con alguna discreta escaramuza cultural que sólo podría entusiasmar a los beneficiarios del burocratismo académico o a quienes sufren de *mal de archivo*. Sin dudas, es necesario desembarazarse de toda “narrativa lineal y uniforme” del pasado; pero eso no debe implicar ineludiblemente desentenderse de toda voluntad de síntesis, abstracción o generalización. Y esto en razón de que, muy a menudo, se encaran investigaciones sobre la historia de la cultura (o sobre cualquier otra cosa) que, para decirlo con el Borges de “Funes el memorioso”, pretenden hacernos interesar, sin más, en las *importantísimas* diferencias entre “el perro de las tres y catorce (visto de perfil)” y “el perro de las tres y cuarto (visto de frente)”. No es este, por cierto, el caso de *Los textos de la patria*, donde en efecto se narra y analiza una apasionante y fundamental batalla cultural ocurrida en las segunda y tercera décadas del siglo XX.

Hasta 1915, cuando aparecen las primeras entregas de La Cultura Argentina y La Biblioteca Argentina, el

antecedente inmediato de este tipo de empresa canonizante habían sido únicamente las antologías poéticas. A estos antecedentes dedica Degiovanni el primer capítulo: “Un siglo de antologías: canon y nación de la Emancipación al Centenario”. Luego de la meramente acumulativa *Lira argentina*, de 1824, y de la abortada pero influyente *Colección de poesías patrióticas*, será la *América poética*, editada por Juan María Gutiérrez en Chile en 1846, la antología de mayor importancia en la primera mitad del siglo XIX. Gutiérrez organiza su recopilación –que, como su título lo indica, representa una empresa canonizante a escala continental y no nacional– con el propósito, consecuente con su antihispanismo, de establecer que América podía reclamar en pie de igualdad un lugar en el campo de las letras: la *América poética* quería dar evidencias de la emancipación literaria del continente. Por eso, en 1892, la aparición de la *Antología de poetas hispano-americanos* de Marcelino Menéndez y Pelayo deberá interpretarse como la tentativa de reescribir la *América poética* de Gutiérrez mediante la sutura de aquello que Gutiérrez había pretendido cortar: el lazo entre la producción americana y la tradición literaria española. En este sentido, Degiovanni afirma que la *Antología* de Pelayo debe ser vista como una inflexión del neocolonialismo en un contexto internacional muy complicado para España. De ahí en más, y hasta la publicación de las colecciones de Ingenieros y Rojas, las antologías poéticas editadas en la Argentina –*El parnaso argentino* (1904), de José León Pagano; la *Antología de poetas argentinos* (1910), de Juan de la Cruz Puig; *Nuestro parnaso* (1914), de Ernesto Mario Barreda– representarán siempre “un posicionamiento y redefinición del modo de construcción del canon pelayano”.

Este primer capítulo, entonces, apunta a especificar el carácter de ruptura que tendrán las colecciones de Ingenieros y Rojas. La Cultura Argentina y La Biblioteca Argentina ponen por primera vez en entredicho el vínculo entre poesía y nación que había prevalecido hasta entonces; un vínculo que colocaba a la prosa en un lugar subordinado dentro del conjunto de los repertorios textuales. Mediante la canonización de publicistas, ensayistas e historiadores, esas colecciones pondrán definitivamente en crisis la idea (sostenida desde *La lira argentina*) de que debía ser la poesía la columna central del panteón de los textos de la patria.

Según el análisis de Degiovanni, La Biblioteca Argentina, que comienza a publicarse en diciembre de 1915, debe situarse, en principio, en el marco de la reacción de Rojas ante dos fenómenos epocales: la inmigración y el sistema político de participación ampliada que la sanción de la Ley Sáenz Peña pone en marcha. Al menos desde *La restauración nacionalista*, Rojas había insistido en la necesidad de hacer frente a la amenaza internacionalista y cosmopolita representada por los inmigrantes (una amenaza que, como bien especifica Degiovanni, era menos real que lo que puede suponerse por las alarmas de Rojas).

La aprobación, en 1912, de la Ley Sáenz Peña, que estableció el voto obligatorio, secreto y universal masculino, significará la emergencia de ese otro fenómeno que hará que Rojas rediseñe su colección. La reforma política que articula esa ley le dará visibilidad definitiva a las masas; ante esto, Rojas verá la necesidad de una colección consagrada a la difusión de los textos de la patria con el objeto de que el libro cumpliera una función de “domesticación simbólica” y de formación del ciudadano.

Degiovanni se detiene en el hecho de que, al momento en que finalmente La Biblioteca Argentina es lanzada, el nacionalismo de su director había virado de un antimaterialismo espiritualizante –según el cual la nación se definía por una serie de valores éticos que debían ser reconquistados–, a otro en el que los conceptos de etnia, lengua y territorio eran centrales para la definición de un pasado cultural y un futuro común para la nación. Además en este segundo momento del nacionalismo de Rojas el Estado pasa a ser agente fundamental en la reconstrucción y reproducción de esos valores nacionales. En este sentido, Degiovanni destaca el hecho de que Rojas reemplaza la oposición sarmientina civilización/barbarie por la de indianismo/exotismo, y considera que, por haber estado más tiempo en contacto con el territorio, es el intelectual criollo quien debe encabezar la restauración nacionalista ante las amenazas representadas por los nuevos ciudadanos. La Biblioteca Argentina realizará así una tarea de invención genealógica de la cultura nacional que, por ejemplo, se obceca en declarar los orígenes coloniales y la índole religiosa de esa cultura.

Si bien Rojas no siempre había sido afecto a la democracia, su colección se impondrá como objetivo construir una biblioteca de clásicos nacionales estrechamente asociada a la voluntad de difundir una idea de democracia que excluía todo elemento izquierdista. En razón de esto, su colección se constituye no sólo contra las entonaciones locales de ese izquierdismo en general (fundamentalmente, el socialismo y el anarquismo),

sino contra otro fenómeno más preciso: la versión contestataria de la argentinidad –una versión jacobina y socialista de los orígenes nacionales– que José Ingenieros había empezado a difundir desde julio de 1915 con las primeras entregas de *La Cultura Argentina*. Porque si bien La Biblioteca Argentina se definirá en relación con los dos fenómenos mencionados (la inmigración y la reforma política de 1912), Degiovanni le permite a su lector percibir que Rojas encontró un nuevo enemigo, más cercano (más personal), en las muy diferentes definiciones de lo argentino que estaban en la base del diseño de la colección de Ingenieros.

Si en estos rasgos puede advertirse el carácter fuertemente conservador –cuando no reaccionario– del nacionalismo cultural de Rojas, ese carácter se hace aún más palpable en las páginas de *Los textos de la patria*, donde se analiza su intento de reforzar mediante La Biblioteca Argentina el lazo entre nacionalidad y literatura que nuevos saberes como la sociología estaban poniendo en crisis. En su batalla contra esos nuevos saberes, Rojas emprende una encarnizada defensa de la literatura, que será, para él, la mejor representación del “alma del pueblo”. Y si bien, en su enfrentamiento con Ingenieros, esgrimirá a la filología como disciplina legitimante, insistirá en una concepción premoderna de la literatura, basada en el viejo paradigma retórico de las bellas letras. En los términos propuestos por Jacques Rancière, habría que decir que Rojas seguía apegado al ya caduco “régimen de representación mimética” al que, desde las primeras décadas del siglo XIX, había destronado el “régimen estético del arte”. De ahí su porfiada búsqueda de poemas que fueran el pilar del canon nacional, pero también la clasificación de textos como *Recuerdos de provincia* o los *Ensayos* de Avellaneda –que encasilla dentro del género didáctico–, o la lectura en clave épica que propone del *Facundo*. Con inteligencia, Degiovanni vincula esa preservación de la jerarquía de los géneros en el armado de La Biblioteca Argentina, con la organización de esa serie retrospectiva en virtud de la formación de una élite política y cultural que asegurara la transmisión de los valores de la argentinidad. Es decir, esta empresa editorial tenía como sustrato la legitimación de un grupo minoritario y, en consecuencia, una concepción restrictiva de las prácticas democráticas.

Seis meses antes del lanzamiento de La Biblioteca Argentina, José Ingenieros se adelanta y distribuye, en julio de 1915, el primer volumen de su colección: *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, de José María Ramos Mejía. En la elección de ese título de su maestro para inaugurar la colección ya se pueden intuir algunas de las características de la

empresa editorial de Ingenieros y la idea de lo nacional en función de la cual fue proyectada –entre otras, la apuesta por los nuevos saberes–.

Degiovanni consigna que si en los comienzos de su biografía intelectual Ingenieros había sido renuente a cualquier concepto de nación que otorgara importancia a las ideas, al momento de concebir su colección había reformulado esa primera concepción para proponer otra, más compleja, en la que lo simbólico funcionaba como elemento difusor y reproductor de ciertos “ideales” derivados del ambiente natural y de las formas de adaptación. En contraste con Rojas, Ingenieros insiste en construir una colección de textos de la patria que recusa la relación entre nación y literatura, y prioriza títulos representativos de nuevos saberes –en especial, la sociología– o propone, a través de los prólogos que acompañaban cada volumen, novedosos protocolos de lectura para obras o autores ya consagrados en otra sede. Ingenieros concibe así su colección como una serie de obras que implicaban, de una u otra manera, una aproximación empírica y objetiva a la realidad. En virtud de ese designio editorial, Ingenieros ensalza textos hasta ese momento relegados (como *Conflicto y armonías de las razas en América*, que, por su valor sociológico, prefiere antes que *Facundo* o *Recuerdos de provincia*), o difunde otros casi desconocidos, como por ejemplo ocho *travel accounts* de viajeros ingleses a la Argentina. Respecto de estos textos de viajeros ingleses, me interesa subrayar que las traducciones publicadas en La Cultura Argentina –las cuales, en el marco que les ofrecía la colección, recibían un sentido que indultaba innumerables violencias sobre los originales– son *las mismas* que, en la década de 1980 y en los primeros años de este siglo, publicaron –ahora sí con inexcusable impunidad editorial– Hyspamérica y El Elefante Blanco.

El nacionalismo de Ingenieros implicaba un anticriollismo al que se acoplaba el rechazo, impregnado de “prejuicios sectarios”, de cualquier componente mestizo o colonial. Ingenieros, además, reivindicaba aquello que la élite criolla –y Ricardo Rojas– había cuestionado: el lugar que la inmigración europea podía ocupar en la constitución de la argentinidad. Así, la argentinidad que propone Ingenieros encuentra sus orígenes en los patriotas ilustrados de las ciudades, todos de descendencia europea y progresista, y no hunde ninguna de sus raíces en el período colonial. Vale decir, su versión de la argentinidad se opone punto por punto a la de Rojas: si éste reivindica la literatura, aquél insiste en los nuevos saberes –o en lecturas de textos literarios basadas en esos nuevos saberes); si éste propone un nacionalismo criollo, católico y pro-hispánico, aquél impulsa una idea de argentinidad antidogmática,

anticriolla y antiespañola. Por último, mientras Rojas reacciona frente a cualquier intento de asimilación de cualquier ideología izquierdista, Ingenieros asegura que el pensamiento de izquierda estaba en la base de la más genuina tradición nacional. La claridad expositiva con que este libro permite advertir las diferencias entre los nacionalismos de estos intelectuales es notable. Degiovanni exhibe una envidiable capacidad para precisar y hacer nítidas formulaciones que, seguramente, ni Rojas ni Ingenieros tenían tan claras –el lector que haya fatigado las páginas de, por ejemplo, *Blasón de Plata*, sabrá a qué me estoy refiriendo–.

Si bien en *Los textos de la patria* no se lo enuncia con estas palabras, en esta enardecida batalla por la determinación del pasado puede notarse un ejemplo diáfano de la visitadísima definición de *tradición* propuesta hace ya tiempo por Raymond Williams en *Marxismo y literatura*. En efecto, lo que permite advertir *Los textos de la patria* es que en el armado de estas colecciones el concepto de tradición que manejan sus directores era de índole fuertemente selectiva y que, además, ambos eran conscientes de la fuerza *activamente configurativa* que podían obrar en el presente y en el futuro esas imágenes construidas del pasado.

En los capítulos dedicados a cada una de estas colecciones (“Estado, inmigración y democracia: La Biblioteca Argentina de Ricardo Rojas” y “Nacionalismo de mercado y disidencia cultural: La Cultura Argentina de Ingenieros”), Degiovanni describe y analiza verdaderas guerras de interpretación sobre algunos de los autores o de las obras que fueron incorporadas en ambas colecciones. Los ejemplos son varios, pero quizá los casos de Echeverría y Moreno resulten los más complejos, porque además de ser ejemplos paradigmáticos de esa beligerancia, dan cuenta del carácter zigzagueante de algunas de las estrategias de estos intelectuales.

La tercera entrega de La Cultura Argentina estuvo consagrada a diversos textos dogmáticos o políticos de Echeverría; la octava, a los *Escritos políticos y económicos* de Mariano Moreno. En ambas oportunidades, Ingenieros editó los textos –o se sirvió de ediciones ya realizadas, como en el caso de Moreno–, de modo que esos volúmenes difundieran una imagen contestataria de ambos pensadores, acorde con su concepción izquierdista de la argentinidad. Así, desde la perspectiva de Ingenieros, Moreno resulta un dirigente radicalizado –verbigracia: un jacobino– y Echeverría un publicista humanitarista, científicista y revolucionario. Contra esto, Rojas, en los volúmenes consagrados a Moreno y Echeverría, combate cualquier imagen radicalizada de cada uno de ellos e insiste en el democratismo que debe leerse en su producción.

Pero el ataque de Rojas a las ediciones de Ingenieros no se dirige, al menos no directamente, a la lectura radicalizante que éste proponía de autores como Echeverría o Moreno, sino al hecho de que las ediciones que respaldaban esa lectura estaban realizadas por un “diletante” que carecía de los saberes necesarios para emprender una empresa editorial de tal envergadura. Es decir, buscaba deslegitimar la colección de Ingenieros esgrimiendo los saberes de la filología moderna y de la crítica textualista. En este sentido, Degiovanni precisa que, en principio, Ingenieros en ningún momento habría considerado la posibilidad de que su colección estuviera conformada por ediciones que se destacaran por su prolijidad; su proyecto, antes bien, estaba guiado por el objetivo de poder colocar en el mercado, a precios muy accesibles y respetando un cronograma ajustadísimo, ediciones que nunca se caracterizaron por su escrupulosidad filológica. Eso, para Ingenieros, era una pérdida de tiempo: su lectura *sociológica* de los textos de la patria se permitían prescindir de las exquisiteces del textualismo. Pero lo paradójico —y aquí aparece ese componente zigzagueante al que antes nos referíamos— es que Rojas, mientras embiste contra las ediciones de Ingenieros desde la trinchera de la filología, publica textos que no habrían pasado el examen del más desaprensivo de los filólogos: el director y editor de La Biblioteca Argentina *manosea* los textos con el mismo entusiasmo con que lo hace Ingenieros. La filología, concluye Degiovanni, es por estas razones en Rojas “más una pantalla para justificar una definición interesada de la tradición que un método verificable en su colección”. Ambos pretendían “canonizar una versión de la argentinidad por medio de un integrado principio de agrupación de los textos”.

Pero si en ese aspecto se advierte cierta convergencia entre Rojas e Ingenieros, hay otro que los diferencia definitivamente. Mientras que el primero apuesta a que su colección —y, de manera más general, su proyecto de *restauración nacionalista*— reciba directa o indirectamente el apoyo del Estado; el segundo, que al menos desde 1903 “había visto en el apoyo estatal a las empresas de difusión cultural una suerte de coerción ideológica”, hará del mercado el parapeto —para seguir con los tropos belicistas— desde el que blandirá su concepción alternativa de la argentinidad. Así, el nacionalismo de Ingenieros se constituye mediante un rechazo explícito de cualquier política cultural nacionalista dirigida desde el Estado. Al respecto, Degiovanni acuñará el concepto de “nacionalismo de mercado de Ingenieros”.

Y, a esta altura, el planteo de *Los textos de la patria* genera diversos interrogantes conectados que me

interesa al menos esbozar. Desde el subtítulo, y a lo largo de todo el libro, las palabras “canon” y “canonizar” adquieren un protagonismo central. Sin embargo, creo que no es lo mismo la disputa por la definición de *lo nacional* que la contienda por la definición de un *canon nacional*. Y entonces, ¿son efectivamente los conceptos de *canon* y *clásico* los que deben aplicarse a la empresa editorial de Ingenieros? ¿Toda colección de libros nacionales es, necesariamente, el intento de definición de un canon? ¿El carácter radicalmente alternativo de La Cultura Argentina —ante todo en relación con su recusación del vínculo entre literatura y nación— no exigiría abandonar los conceptos de canon y clásico por otros, menos *literariamente* marcados, que pudieran dar mayor cuenta de la absoluta novedad de esa empresa editorial? En otras palabras ¿es lo mismo plantear una versión alternativa de lo nacional que plantear una versión alternativa del canon? ¿La apuesta de Ingenieros por definir la argentinidad a partir de los nuevos saberes no implicaba necesariamente que su colección se corría también de lo que entendemos —si algo entendemos— por *canon*? Porque, pese a los debates y las crispaciones, siempre que se habla de canon ¿se menta alguna otra cosa que literatura? ¿Qué pasa cuando algún texto de un “nuevo saber” es incorporado al canon —como, por ejemplo, lo hace Harold Bloom con Freud—?

Más allá de los proclamados atributos populares y democratizantes de La Cultura Argentina y La Biblioteca Argentina, en ambas colecciones Degiovanni discierne con sutileza alguna modulación del elitismo o del espíritu de casta. Rojas reivindica para la élite criolla una posición central —de vigilancia extrema— en los destinos del país. Ingenieros intenta promover la conformación de una “aristocracia del mérito” destinada a dirigir el país a partir del conocimiento científico. Pero aquí, nuevamente, debe señalarse una diferencia: en Ingenieros —apunta Degiovanni— no se trata de tutelar el ingreso de las masas a la democracia de acuerdo con una versión criolla de la tradición nacional sino, sin más, de socavar ese ingreso. En las dos colecciones, entonces, se juegan formas “alternativas de gobernabilidad y desarrollo social”: dos tradiciones, y dos porvenires para la nación. Por esta razón es que este libro bien podría haberse llamado *La patria de los textos*: en ambos proyectos editoriales se trata de imponer y difundir una idea de patria —pasada, presente y, especialmente, futura— a partir de una serie acotada de textos en los que se inscribe —o se pretende inscribir, con innegable prepotencia— esa idea.

En el “Epílogo”, se señala que a fines de la década de 1920 la querrela por el establecimiento de un canon nacional había llegado a su fin: el fallecimiento

inesperado de Ingenieros en 1925 y los insalvables problemas económicos enfrentados por La Biblioteca Argentina determinaron el cese de las dos colecciones. Sin embargo, ambos intelectuales habían, para ese entonces, cumplido con mayor o menor éxito sus objetivos editoriales. Desde entonces, las sucesivas colecciones que se lancen al mercado estarán mucho más cerca del modelo propuesto por Rojas, y la versión alternativa de lo nacional concebida por Ingenieros no hallará continuadores ni epígonos. A largo plazo, concluye Degiovanni, la perspectiva de Rojas había prevalecido. Recién hacia 1960, las colecciones retrospectivas de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba) y del Centro Editor de América Latina (las colecciones Del Siglo y Medio y Biblioteca Argentina Fundamental) propondrán un cambio significativo en relación con los criterios establecidos por La Biblioteca Argentina.

Con la perspectiva que ofrece casi un siglo de distancia hay algo que salta a primera vista al leer *Los textos de la patria*: la certidumbre absoluta en el poder de la letra impresa que sostenía esas empresas editoriales. Una confianza y un protagonismo que, desde

esas dos primeras décadas del siglo XX, la letra impresa irá perdiendo irremediabilmente ante el avance de otros medios. Al respecto, puede recordarse que sólo cinco años después de concluido el ciclo de La Biblioteca Argentina, en una aguafuerte titulada “El cine en estos pueblitos” publicada en *El Mundo* en 1933, Roberto Arlt afirmaba: “El cine está realizando una tarea revolucionaria en estos pueblos atrasados, donde un comerciante en libros se moriría de hambre. Por otra parte, hay poco dinero para comprar libros, y la lectura requiere una imaginación cultivada, innecesaria ante el espectáculo cinematográfico”. Como antes lo hicieron *El imperio de los sentimientos* (Beatriz Sarlo, 1985), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (Adolfo Prieto, 1988) y *El tiempo vacío de la ficción* (Alejandra Laera, 2003), *Los textos de la patria* permite, entre otras cosas, acceder a la exhaustiva y apasionante descripción de un episodio local de un capítulo hace tiempo cerrado de la historia de la cultura occidental: el de la hegemonía de la letra impresa. Ante este panorama, cada uno reaccionará de modo diferente: con nostalgia, con indiferencia... acaso con optimismo.